

ARTHUR MILLER EN CHILE

El dramaturgo norteamericano nos visitó en junio de 1988. Revista Apuntes y la Escuela de Teatro de la Universidad Católica lo invitaron a dialogar con la gente de teatro y de la cultura de nuestro medio.

SALUDO A ARTHUR MILLER

Egon Wolff

Estimados amigos y colegas del teatro:

Parece a ratos un hecho milagroso, este acto cultural que nos reúne aquí, para poder compartir estas horas con un ser humano tan señalado, tan relevante, como lo es "nuestro" Arthur Miller.

Perdone señor Miller este atrevimiento de calificarlo de "nuestro" cuando usted ni siquiera nos ha concedido el derecho de emplear esa filiación. Me aventuro a usarla, cuando considero lo mucho que usted ha significado, y sigue significando, a todos aquellos que hacemos teatro en Chile, desde los tiempos en que sus magníficas obras comenzaron a fertilizar el teatro universal, y que, como tantos, hicimos "nuestro" de inmediato.

No puedo dejar de recordar, casi con un estremecimiento, el escalofrío de frenesí creativo que nos sobrevino, a los dramaturgos en ciernes de los años 50, cuando tuvimos la suerte de recibir la influencia vivificadora de sus primeras obras, y ver en ellas un camino de expresividad, para iluminar nuestras aún oscuras e inciertas fuentes inspiradoras de entonces.

No puede dejar de declarar que si hay

alguien que lo indujo, algún día, a escribir para el teatro, fué precisamente usted, quien sin saberlo - ahora lo sabe- le sostuvo la mano sobre su primer cuaderno de notas. Aún recuerdo la agitación de pasión creadora que nos recorrió, cuando pudimos ver, y luego leer, las conmovedoras escenas entre padre e hijo, en su **Todos son mis hijos** que abría la imaginación en cuanto a cómo tratar situaciones humanas, al interior de su determinismo social, sin que su función crítica, su proyección moral, rompiera con su humanidad, con su verismo y su realidad. Porque si hay algo en que se destaca Arthur Miller, es en su capacidad de tratar con profunda empatía humana las situaciones conflictivas más preconcebidas por él. Al final, las ideas alojadas en sus construcciones teatrales nos llegan en su doble vertiente de emoción y racionalidad, al mismo tiempo, tocando todas nuestras fibras perceptivas, y sin anularse la una por la otra, que es el peligro que acecha en todo teatro que pretende denunciar.

Es la mutualidad de su teatro lo que más nos impresiona, como si siempre estuviera rescatando hechos que se nos mantienen ocultos por nuestro aislamiento humano, y que, de pronto, bajo la luz de

sus obras, abrieron en nosotros canales de comunicación, que nos confinan menos en nuestra interioridad, y, por ende, nos hermanan más.

Siempre se ha pensado que arte y filosofía son antinómicas, y que la filosofía tiene una suerte de permanencia y el arte una suerte de elusividad, que las hacen contradictorias y anuladoras, la una por la otra. Pero nuestro escritor ha sabido demostrar que eso no es así, necesariamente, y ésta es su principal virtud.

En verdad es al revés, creemos nosotros, porque maravilla sólo es artificio, y razón sola es abstracción, y el arte de Arthur Miller es haber hecho uso de ambas, convirtiendo la realidad en fuente de ideas y de emociones, simultáneamente, siendo lo más fiel a ello. Incluso, cuando se toma la licencia de saltar hacia un expresionismo formal, en ocasión de componer su magnífico **La muerte de un vendedor**, donde vertió todo su talento, dejándonos, de pasada, un clásico del siglo XX, que va a quedar inscrito como una hazaña cultural de esta era.

La convicción de Miller que el arte debe nutrirse más con las observaciones de un autor que con sus opiniones y deseos, permitiendo así una equidistancia objetiva básica para la creación de productos artísticos valiosos, lo llevó a escribir sus **Brujas de Salem** que, al igual que su **Muerte de un vendedor**, pusieron una bomba de tiempo bajo el liberalismo optimista de la sociedad norteamericana. Fue un dedo acusador dirigido contra la oscuridad de las mentes, cuando el temor y la culpa, administrada por los temores y culpas de otros, se posesiona de ellas; cuando el poder se asienta sobre un consenso impuesto a la fuerza, cuando la complacencia reemplaza a la conciencia. Obra que, por otra parte, mostró la eficacia de una dramaturgia que rescata la historia como fundamento para construir la trama, siempre que se le provea de un contenido que revele los problemas de la hora actual.

El acto de ceder la conciencia a la administración de otros, en nuestra sociedad secularizada, fue, otra vez, el tema que preocupó a nuestro autor cuando compuso **La mirada desde el puente**. Aquí fue Eddie Carbone y ya no John Proctor, luchando por su alma en paz. Y volvemos nuevamente a la mirada distanciada, que observa la lenta decantación de los hechos, en una situación

que lleva al héroe más allá de su vida, al sacrificio de su ser, en aras de redimir una conciencia traicionada. Y para que ese punto de vista quede enteramente claro, el autor crea aquí el expediente de romper la realidad con las intervenciones de un comentarista, que no nos permita dudar hacia donde apunta la obra.

Memoria de dos lunes, un texto menos conocido del autor, pero, en sí, una obra maestra en presentar la necesidad de la esperanza y el camino de cómo soportar su ausencia, siguió en esta serie ininterrumpida serie de obras maestras, que también nos permitieron conocer su **Después de la caída**, una obra de atractiva y novedosa estructura, donde pasado y presente confluyen continuamente sobre los impulsos destructivos latentes en el hombre, cuando pierde su inocencia. **El precio**, una obra de descarnada introspección de la naturaleza humana; **Incidente en Vicky** un texto perturbador sobre nuestra participación en la culpabilidad general de creernos libres del mal, por poder atribuírselo a otros, de estar apertrechados en el bien, por ser tan decentes, su poder poner el nombre de judío a todo aquel que nos libre de nuestra propia maldad.

Arthur Miller ha incursionado también en el cine y la televisión. Recordamos muy especialmente su guión para el cine, **Tiempo de Angustia**, basado en las experiencias patéticas de sobrevivencia en un campo de concentración; **Los inadaptados**, que nos llegó en su versión fílmica hace algunos años, y, en fin, tantas otras producciones multifacéticas de este prolífico autor, y que llena ya casi medio siglo de fértil creatividad de un hombre que es hoy un honor para las letras norteamericanas de este siglo.

Arthur Miller declaró una vez que para él, el teatro es, ante todo, un instrumento de pasión, y nosotros nos congratulamos que esa pasión haya estado al servicio de poner al hombre común, al hombre perdido en la multitud, en condiciones de poder echar una mirada a sí mismo, para entender mejor los márgenes de su vida, y descubrir así que, a pesar de estar hecho de tan frágil materia, es capaz de expandir su ser hasta el infinito, siempre que acepte que su ser es su espíritu, y su razón, su fe en una vida mejor.